



VOL: AÑO 7, NUMERO 19

FECHA: MAYO-AGOSTO 1992

TEMA: DEMOCRACIA Y NEOLIBERALISMO: Perspectivas desde América Latina

TITULO: **Los sistemas políticos en América Latina, de José Luis Reyna y Lorenzo Meyer [*]**

AUTOR: *Guillermo Armendáriz Ramírez [**]*

SECCION: Reseñas

TEXTO

Como cualquier afortunada cita que invariablemente conduce a acordar la próxima, dieciséis autores confluyen para analizar los procesos que alrededor del tema Los Sistemas Políticos en América Latina -título del libro-, constituyen un aspecto de invaluable interés para la comprensión de la realidad política del subcontinente.

Estructurado como una compilación de trece casos nacionales y dos más que componen las regiones de Centroamérica y del Caribe, el libro resuelve con fortuna el esfuerzo de esta cita.

Las experiencias históricas de los países que integran el área ciertamente presentan profundas semejanzas que van desde el común pasado colonial, el alto grado de desigualdad social, los constantes problemas económicos y, más recientemente, en lo que concierne al aspecto político, las estructuras autoritarias de poder. Pero aun con las grandes semejanzas se ofrece una amplia diversidad de situaciones, motivo más que suficiente para justificar un rico campo de análisis.

El conjunto de trabajos se caracteriza por su heterogeneidad de enfoques, metodologías y por las diferentes delimitaciones de los objetos de estudio, lo que dificulta un análisis comparativo en rigor. No obstante, en muchos casos, más que una desventaja puede plantearse que es una premisa para explicar -más allá de los propios recursos analíticos- el carácter conflictivo del campo y definición de la política.

Como indica Rigoberto Lanz -desde el caso venezolano-, "Una estrategia epistemológica no es el resultado inocente de alguna ocurrencia intelectual de última hora. Al contrario, se trata de opciones de alguna forma condicionadas por el debate ideológico, por las contradicciones sociales actuales, por los distintos modos de aproximación a la crisis de las ciencias sociales, etcétera". (p.214)

De ahí que los temas problemáticos en los sistemas políticos lleguen a diferenciarse -aun con las semejanzas- en los diversos casos. Al menos lo anterior no deja de ser una fuerte advertencia sobre los alcances de planteamientos teóricos generales. Desde la determinación económica hasta el excesivo acento en factores exógenos, líneas explicativas como la teoría de la dependencia marcaron sus limitaciones respecto de los procesos políticos concretos.

La mayoría de los trabajos está acompañada de una exposición del contexto histórico y cortes temporales significativos que ayudan a situar las condiciones actuales de los

sistemas políticos; otros más bien destacan desde el presente las perspectivas y retos futuros. Esa articulación temporal de los procesos políticos remite al autoritarismo y a la democracia como referentes que organizan las preocupaciones fundamentales de los artículos. Desde estos ejes también se desarrollan los comentarios al libro.

La adopción del modelo republicano y representativo para los países latinoamericanos ha recorrido caminos bastante sinuosos y nunca continuos. En la complicada constitución de los Estados nacionales no se produce la adecuada complementariedad de la ciudadanía que el modelo reclama, y sí una precaria estructura organizativa del poder político.

En los trabajos que componen el libro hay cierta coincidencia en la interpretación de algunas crisis políticas a partir de las relaciones estructurales y políticas, más allá del análisis del sistema de partidos y de las reglas del juego electoral.

Con algunas excepciones (Chile, Colombia y, un poco después, Uruguay contaron con sistemas representativos desde finales del siglo pasado e inicios del presente, aunque con diversos grados de elitismo), los análisis hacen observar la sobrevivencia del orden oligárquico enquistado en las estructuras políticas, el cual anula los mecanismos de representación en muchos casos, y en otros, los adopta a través de partidos tradicionales las más de las veces de corte conservador, lo que acentúa la brecha entre el Estado y la sociedad civil.

La sobrevivencia oligárquica en repetidas ocasiones ha estrechado fuertes vínculos con otro actor predominante: las fuerzas armadas. En unos casos de manera relativamente directa y otras veces con la mediación de fracciones importantes de partidos tradicionales los cuales definieron la estrategia típica para resolver desde crisis de autoridad hasta crisis de hegemonía, a decir, la instauración de gobiernos militares con los consecuentes efectos en la dinámica política.

En tanto se busca por ese medio la reproducción del statu quo y de la estabilidad; las contradicciones que genera esta salida apuntan a una aguda tensión entre el factor permanencia y el de cambio, o en un sentido más general en sus contenidos ideológicos, las experiencias latinoamericanas se hallan atravesadas por la constante disputa en la construcción, rechazo o ventajas defendidas de una cierta organización política; en esos vaivenes muchas batallas ha ganado la óptica que erige la pregonada disyuntiva entre el orden y el caos. Los resultados a favor del primer componente lo ejemplifican los regímenes militares en el estrechamiento o disolución de la política.

Respecto de estos regímenes los casos nacionales analizados dan cuenta de procesos tales como las formas en que asumieron el poder; las modalidades en que se desarrollaron las luchas sociales y procesos de resistencia política y cultural; el papel de los partidos políticos; la relación entre las fuerzas armadas y otros sectores; en su caso, los procesos de salida del poder, etcétera.

Los trabajos hacen valiosas acotaciones que ayudan a matizar ciertas percepciones generales sobre las experiencias autoritarias. Entre los rasgos característicos de estos regímenes se cuentan el ejercicio de gobierno sustentado en la imposición, la intimidación, la violencia institucionalizada, etcétera; los golpes militares son acciones que interrumpen vías abiertas de entendimiento. Pero en otro sentido, su conformación está acompañada por arreglos y alianzas entre grupos organizados, partidos políticos en algunos casos, y fuerzas sociales y económicas, a través de mecanismos ajenos al control público e institucional.

Las hipótesis que intentan explicar los casos particulares discurren entre el enfrentamiento a corrientes y demandas populares emergentes, estrategias para restablecer cuotas importantes de poder, invocaciones restauradoras del orden ante crisis políticas y crisis de representación en el sistema de partidos. En esa medida no se trata de apariciones subrepticias, sino de factores precisos actuantes en las respectivas coyunturas.

Los estados de excepción militares han tenido larga vida; al suspenderse la normatividad vigente por lapsos prolongados se producen abruptos redimensionamientos. Los márgenes de continuidad y discontinuidad en las estructuras políticas tienen un peso significativo en las orientaciones y expectativas de los actores políticos; los nuevos escenarios imponen la fijación de posiciones en códigos contradictorios y hasta excluyentes entre sí y ante el poder. Al diluirse la institucionalidad que dirige la lucha por el poder desde marcos de normatividad estable y repetición constante, se hacen volátiles los referentes y canales colectivos de la acción política desde la sociedad civil. Desde el control del Estado se monopoliza la política, se jerarquiza con la mayor discreción meta-institucional a los actores políticos para ponderar interlocutores y asignar papeles subversivos. Como enemigos del orden público, estos últimos se enfrentan a la óptica excluyente justificada por razones de seguridad nacional.

Los trabajos referidos señalan este aspecto en sus importantes modalidades. La dictadura brasileña modifica el multipartidismo en bipartidismo hasta que nuevas fuerzas políticas condicionan un nuevo reacomodo; en Chile y Uruguay se disuelve el sistema de partidos; en otro sentido, en Paraguay y Panamá se adopta la figura de partido de Estado y partidos de oposición funcional, recurso parecido al caso mexicano, pero en este último no se adoptó un gobierno militar, y las bases de legitimidad varían en cada caso.

En esas condiciones, las relaciones entre la sociedad civil y el Estado se fundan principalmente en la cooptación y la vía corporativa antes que en pautas representativas, teniendo como marco el uso de la fuerza en tanto componente estructural y no como ejercicio eventual del poder. Los fenómenos del clientelismo político y del patrimonialismo remiten en buena medida a aquellas prácticas.

Sin embargo, los delgados hilos en que se sostiene la legitimidad no dejan de tener sus grados de eficacia. Dentro de los componentes ideológicos destacan la invocación nacionalista como eje de unidad política, el papel "salvador" y tutelar del Estado y la actitud beligerante a la oposición -partidista o no- de la izquierda principalmente. Ante la ausencia de estabilidad política real, los períodos de auge o crecimiento relativo de la economía funcionan como atenuantes de un piso social conflictivo. Paradójicamente, las crisis económicas expresan la vulnerabilidad de estos regímenes; por un lado, al estrechar los márgenes de las ventajas materiales; por otro, a la dificultad de asimilar las crecientes demandas de la diversidad de actores en los procesos de modernización, cuestiones ambas que acusan límites de gobernabilidad. No obstante, en otros casos -como el argentino- se indica la descomposición de las fuerzas armadas como resultado de la derrota en la guerra de las Malvinas, y en Chile, debido a una crisis política del propio régimen.

Lo que se ha llamado "el tiempo largo de las instituciones" cobra vigencia ante la construcción de referentes estables de convivencia, pero está teñido de incertidumbre desde varias facetas: a) la sobrevivencia de núcleos y rasgos autoritarios que verán en las condiciones iniciales de formación institucional democrática síntomas de debilidad y caos; b) la presión constante para revestir al sistema político de credibilidad y legitimidad; c) la sobrecarga de demandas y expectativas democráticas que posibilitan la aparición de frustraciones y abren caminos otra vez autoritarios.

Los partidos políticos en tanto instrumentos fundamentales de la democracia, se encuentran también ante un doble problema. Con la desacreditada identificación de lo político que las experiencias autoritarias -contra y a veces desde los partidos- se han encargado de fortalecer, se enfrentan al reto de formar su propia credibilidad como actores políticos y como formadores de y participantes en el sistema político, que a su vez también reclama una nueva legitimidad. Por otra parte, su ubicación estratégica en el balcón de la saturación de expectativas los coloca en una situación más que difícil.

La profundización de la democracia mucho depende de la evolución de los partidos. La relación entre el Estado y la sociedad civil, como dos orillas de un amplio cauce, requiere de puentes firmes y estables. Las experiencias políticas examinadas indican las condiciones y perspectivas de los partidos como instancias importantes en esta tarea.

Una condición imprescindible la constituye la capacidad integradora de los partidos respecto de la diversidad sociocultural que define a la sociedad civil.

Los grandes contrastes en la estructura social y las tradiciones políticas pueden proveernos de información sobre las posibilidades democráticas pero no agotan su previsión futura. Pese a ello, a manera de ejemplos pueden citarse contrastes entre algunos países. En Brasil, Argentina, Chile y, relativamente, en Venezuela, según los respectivos autores, los partidos tienen positiva cobertura y capacidad integradora de intereses en la sociedad civil. Por otro lado, en Ecuador y Perú los partidos motivan escepticismo y desconfianza pronunciada; en Paraguay es bastante incierta la opción por el partidismo; en Colombia, el prolongado monopolio bipartidista acusa una crisis para canalizar intereses y demandas.

En el segundo grupo de países, el aliento democrático se exalta desde fuentes extrapartidarias, se cuestiona el monopolio partidista y del Estado, se señala la ausencia de nuevas estrategias orgánicas para ofrecer a las masas y la separación entre movimientos sociales y partidos políticos.

La proyección de alternativas y posibles transformaciones en el sistema de partidos es otra preocupación fundamental. En lo que se ha denominado "el proceso de depreciación" en el subcontinente se expresa la necesidad de romper esquemas bipartidistas donde no existe centro político (Venezuela) o bien donde se da un monopolio del poder (Colombia), y superar la casi extinción o los ascensos mínimos en el plano electoral de las izquierdas (aquí caben muchos países, entre ellos México).

En fin, los recuentos posibles con la lectura de este libro pueden ser diversos, y más que agotar el tema son ya un buen resultado las interrogantes que se desprenden en forma inevitable. Las profundas transformaciones en los recientes escenarios latinoamericano y mundial abren nuevas vetas de análisis y obligan a diseñar perspectivas que nos permitan comprenderlos. En ese sentido destacan las reflexiones de Norbert Lechner. Al señalar que el sistema de partidos es más que una cuestión institucional, indica que "...el sistema de partidos se reconstituye a través de la reconstrucción de las identidades políticas. La hipótesis pone un acento polémico en la 'cultura política' frente al énfasis predominante en la 'ingeniería institucional'." (p.73)

Los sistemas políticos ciertamente atienden a las instituciones, a las historias políticas particulares, a los actores y a la relación entre ellos con sus intereses en juego. Pero también se pone de manifiesto, como dice Manuel Antonio Garretón, la parte oculta del iceberg que es la cultura política.

Son valiosas también las consideraciones de Edelberto Torres Rivas, a propósito de los países centroamericanos, sobre la lógica de la guerra, la violencia y la política para confrontar los referentes obligados: autoritarismo y democracia.

En la convergencia de esta compilación hay razones suficientes para insistir en un próximo encuentro, sensación que produce una buena cita, aun cuando la incertidumbre no desaparezca, pero tampoco la promesa. Termino citando al mismo Edelberto Torres Rivas: "Es necesario empezar a ver la otra orilla para que el puente que se está tendiendo tenga base segura, pero además, para que sea útil y sepamos adonde conduce" (p. 367).

CITAS:

[*] (1989). Reyna, José Luis y Lorenzo Meyer, (coordinadores), México, Siglo XXI Editores y Universidad de Las Naciones unidas. 390 pp.

[**] Estudiante de la carrera de Sociología, UAM-A.